

bre de 284, y allí preparó su campaña contra su competidor Carino, reuniendo un numeroso ejército con las legiones y demás fuerzas disponibles.

Carino, que no estaba dispuesto á renunciar voluntariamente en favor de Diocleciano á su imperio de Occidente, dió bastante que hacer á su competidor. Era abominado Carino por su carácter perverso, sus vicios, su brutalidad y su instinto vengativo y cruel, que recordaba al monstruoso Nerón. Durante su corto reinado solo se ganó el afecto del pueblo de la capital, deseoso siempre de espectáculos excitantes y de donativos, que Carino le dispensaba con mano pródiga mientras él se entregaba á todos los excesos sin cuidarse del gobierno, pasando el tiempo en compañía de comediantes, bufones y meretrices. Sus aventuras amorosas eran infinitas, siendo lo menos malo todavía que en poquísimo tiempo se casó con nueve mujeres, repudiándolas apenas casado con ellas. Trató al Senado con una insolencia estúpida que irritó á esta corporación contra él, tanto mas cuanto que veía que Carino, en lugar de rodearse de personas dignas, vivía entre farsantes indecentes y colocaba en los puestos mas elevados é importantes á sujetos miserables, comiendo además muchos actos de despotismo cruel. No obstante, no era Carino cobarde, y hasta tenia talento militar, que fué lo que le hizo peligroso para Diocleciano.

Tan pronto como pudo se puso en marcha con su ejército, que era numeroso, y al pasar por el Veneto derrotó á las fuerzas de otro usurpador llamado Juliano, que á la muerte de Caro se habia sublevado tambien. Hecho esto se dirigió en el año 285 á la Mesia, donde se le opusieron las fuerzas de Diocleciano. Las hostilidades se prolongaron hasta el verano, sin ningun resultado decisivo, hasta que los dos ejércitos principales se encontraron frente á frente cerca de la ciudad de Margo, situada junto á la desembocadura del Morava en el Danubio, entre el monte Aureo y el campamento fortificado de Viminiaco. En la batalla que se libró mostróse superior el ejército de Carino; pero sus generales, á cuyas mujeres el emperador habia seducido, no quisieron que venciese, y uno de ellos le mató en un momento favorable en medio de la refriega. Entonces el ejército se declaró por Diocleciano, que fué reconocido tambien por el Senado tan pronto como llegó la noticia á Roma.

El nuevo emperador se ocupó desde el primer instante con toda su energía en llevar á cabo la magna empresa de la restauración del imperio, empezada por los tres grandes emperadores ilirios que le habian precedido; pero en el interregno de los hijos de Probo, y durante la corta y reciente guerra civil, los movimientos y traslaciones de tropas habian originado nuevas y peligrosísimas complicaciones en diferentes partes del imperio. En el Egipto habian vuelto á sus antiguas irrupciones los blemios de la Nubia, y en Alejandría

se proclamó emperador L. Elpidio Aquiles, con tan buen éxito que el Egipto quedó por gran número de años separado del imperio. La Panonia se vió inundada de masas germánicas y sármatas; en la frontera de la Galia, del lado del alto Rhin, las tribus alamanas se habian ya apoderado definitivamente de la Tierra del Diezmo, y finalmente, en el Nordeste de la Galia estalló una revolución formidable entre la población rural, calamidad que hasta entonces no habia conocido el imperio romano.

El Nordeste de la Galia desde la muerte de Póstumo habia padecido de una manera indecible, principalmente por efecto de las continuas invasiones y horrorosas depredaciones de los germanos, de los francos y alamanos, y además por resultado de las inaguantables contribuciones y tiranías de los grandes propietarios y de los municipios. La miseria llegó á desesperar á la población rural, cuya sangre celta no pudo sufrir ya tanta opresión, y en el verano del año 285 estalló el movimiento en el Nordeste. Hombres libres, colonos súbditos de los propietarios, colonos arrendatarios, siervos de la gleba y esclavos, introducidos en el país desde la Germania como siervos ó prisioneros de guerra, y que por su número y su situación ahogaban la población celta indígena del campo, obligándola á degradarse de una manera ú otra hasta la condicion servil, se agruparon en una sola masa y se levantaron contra sus opresores. Pronto reforzados con vagos, aventureros y proletarios de toda procedencia, se organizaron y se arrojaron sobre sus tiranos; y á pié y á caballo, armados como podían y excitados hasta la demencia, cometieron toda clase de atrocidades en los propietarios y en los habitantes pacíficos, incendiaron las aldeas y destruyeron muchas ciudades, cuyo populacho les abrió las puertas. Llamáronse estos desesperados feroces *bagaudos*, de una palabra celta cuyo significado se ignora (1). En el estado en que se hallaba el país, las autoridades eran impotentes para resistir á estas bandas. Fueron, pues, creciendo y organizándose cada día mas, tanto que llegaron á proclamar emperadores á dos de sus jefes, Amando y Eliano, que establecieron junto á la embocadura del Marne un campamento fortificado, desde el cual sus partidarios extendieron sus correrías siniestras hasta la cuenca del rio Saona. Desde entonces el mundo europeo, especialmente en los tiempos feudales, ha visto muchas sublevaciones análogas de la oprimida y tiranizada población rural, rebajada á la condicion de bestias, y una de las mas célebres y terribles fué la que se llamó de la *jacquería*, en el siglo XIV. Esta rebelión fué la parte mas siniestra de la herencia que tocó á Diocleciano con la púrpura imperial.

(1) Se deriva de *bagad*, que en celta significa conjunto de individuos reunidos. (N. del T.)

PARTE SEGUNDA

LA ÉPOCA DE DIOCLECIANO Y DE CONSTANTINO

CAPITULO PRIMERO

EL EMPERADOR DIOCLECIANO

Diocleciano necesitó toda su energía para acudir vigorosamente á tantos puntos de peligro, y toda su inteligencia para aprovechar estas circunstancias y realizar á su favor sus vastísimos proyectos de reforma. Comenzó su reinado con una generosidad nunca vista en Roma, porque no se ensañó con ninguno de los partidarios de Carino; no hubo ni las sentencias de muerte ni los destierros y confiscaciones que hasta entonces habian acompañado á cada cambio de gobierno. Sin perder un instante, ocupóse en restablecer la tranquilidad en la Galia, en el Oriente y en el Danubio. En este último país juzgó su presencia personal mas necesaria; y como no era menos urgente restablecer el orden en la Galia, sofocando la sublevación de los bagaudos y rechazando á los germanos, envió allí á su amigo Maximiano. Además, para evitar que este despues de vencer hiciese lo que habian hecho tantos otros y se proclamase emperador, nombróle César mientras él se dirigía á la Panonia.

Maximiano era hijo de un colono establecido en Sirmio y habia ascendido hasta general en el ejército por su valor personal y su pericia militar. Era capaz tambien de gobernar con acierto y buen éxito grandes provincias; pero no habiendo recibido mas instruccion ni mas educación que las que se acostumbraban á dar á un hijo de labrador, era como labrador, toscó, y como soldado, rudo y fácilmente irritable. Su mirada espantaba, pero tenia á Diocleciano, su compañero de armas desde muchos años, un afecto y una veneración sin límites. Diocleciano le dominaba en absoluto y podia contar con su fidelidad inquebrantable, fortificada además por supersticiones astrológicas. Diocleciano, á pesar de ser tan precavido y taciturno, le confiaba todos sus secretos y sus planes mas atrevidos. El nuevo César, deseoso de merecer la confianza y las bondades de su amigo, marchó á la Galia, atacando primero á los bagaudos, que no resistieron el ataque de las legiones ni la táctica del general, y despues de algunos encuentros diéronse por vencidos. Entonces Maximiano, hijo del pueblo tambien y nada orgulloso de tan fácil victoria, se condujo con una moderación admirable, y teniendo en consideración los tristes motivos que habian llevado á los sublevados á empuñar las armas, redujo los castigos á lo mas necesario. No hubo, pues, matanzas en masa ni ejecuciones capitales. Por otra parte, lo que convenia era restablecer la paz y el orden, y no despojar todavía mas la Galia. Sin embargo, las causas que habian provocado la sublevación, continuaron subsistiendo en gran parte, y se exacerbaron en el trascurso del tiempo hasta suscitar mas adelante nuevas convulsiones, segun veremos todavía en esta obra.

De todos modos, á principios del año 286 estaba restablecido el orden en la Galia, y el emperador recompensó á su

amigo fiel elevándole en 1.º de abril del mismo año á la dignidad de co-emperador, con los nombres de Marco Aurelio Valerio Maximiano.

El trabajo de hacer frente á tantos y tan grandes peligros exteriores é interiores, y de restaurar y reanimar al propio tiempo el imperio, era tan grande y colosal que excedía á las fuerzas de un solo hombre; y comprendiéndolo así Diocleciano, resolvió dividirlo sin dividir el imperio. Además del gobierno general, reservóse el especial de las provincias desde la Retia hasta el Eufrates y la Nubia, estableciendo su cancellería en la ciudad de Nicomedia, en la Bitinia; y dió á Maximiano el gobierno del resto del imperio, la Italia, Africa, España, la Galia y la Inglaterra, designándole por capital y centro de administración á Milán y concediéndole derechos casi soberanos y un tesoro independiente para las atenciones de su gobierno. Ciertas reservas aseguraban á Diocleciano la dirección y el poder supremos, y para conservar tambien exteriormente la unidad del imperio dispuso que las órdenes imperiales, los edictos y las inscripciones que lo permitieran fuesen encabezados con los nombres de los dos emperadores, los cuales debian tambien ponerse en adelante en las monedas. Otras reformas radicales se hicieron paso á paso hasta la desaparición completa de los peligros exteriores.

Por lo pronto urgía defender la frontera del Rhin, continuamente amenazada y violada por los alamanos empujados por los borgoñones, que gradualmente se iban introduciendo entre ellos y los catos, á expensas de estos últimos, rechazados hácia el Mein. Cuando los alamanos efectuaban invasiones en el territorio romano, solian seguirles y asociarse con ellos los borgoñones. Cuando Maximiano, en la primavera del año 286, hubo tomado sus posiciones en Maguncia y su comarca, aquellos pueblos germánicos hicieron una invasión tan formidable que Maximiano no pudo tomar la ofensiva hasta que los bárbaros empezaron á carecer de víveres en las comarcas invadidas, cuyos habitantes habian conseguido refugiarse en su mayor parte con sus ganados, muebles y provisiones en las ciudades amuralladas. Entonces Maximiano se lanzó sobre ellos, y sus esfuerzos fueron coronados por el éxito.

No costó tanto el exterminio de otras tribus de la Germania Baja que habian desembarcado en la costa de Bélgica y penetrado en el interior de la Galia. Eran sajones marítimos, establecidos entre el Báltico y la desembocadura del Elba, unidos con hérulos ó sea godos. Estos sajones se hicieron desde aquella época enemigos terribles y constantes del imperio, molestando continuamente las costas de Inglaterra y del Norte de la Galia, hasta entonces libres de enemigos. A ellos se agregaron luego los francos, que paulatinamente habian ocupado la Frisia y el país de los bátavos, desde donde con el auxilio de los habitantes antiguos emprendieron tambien expediciones marítimas de rapiña y desolación á las costas inglesas y galas hasta la que es hoy Bretaña francesa.

La tentativa de Maximiano de castigar á estos bárbaros y librar el imperio de la nueva calamidad, atrajo por el contrario á los romanos una nueva desgracia. Para conseguir su objeto encargó Maximiano el mando de la escuadra del canal de la Mancha á un oficial menapio llamado Carausio, que antes habia sido capitán de buques mercantes y en el cual tenia el co-emperador gran confianza, no dudando que escarmentaría á los corsarios bárbaros. Carausio desplegó efectivamente mucha actividad en la persecucion de los piratas, pero dejándoles robar primero para quitarles despues el fruto de sus rapiñas. Supo Maximiano que su almirante habia dejado pasar sin obstáculo una expedicion de germanos delante de su estacion naval, que era Boulogne, para atacarle á su regreso y quedarse con el botin que hubieran hecho; é indignado de semejante conducta, le condenó á muerte; pero Carausio con sus riquezas sobornó á sus tropas y tripulantes y se dirigió con la escuadra á Inglaterra, á principios del año 287. Allí ganó tambien con su dinero á las fuerzas romanas y se hizo proclamar emperador, aumentando luego su ejército y su armada principalmente con francos y sajones, hasta un número imponente.

El golpe fué funesto para los romanos en la Galia septentrional, para la cual la floreciente Inglaterra habia sido en los últimos decenios no solo un firmísimo baluarte, sino tambien un abundante granero y su proveedora de ganados. Maximiano, careciendo de buques y teniendo que arrojar en el mismo año de la cuenca del Mosela á una numerosa hueste de francos, persiguiéndola enérgicamente hasta muy adentro de su territorio, no pudo por lo tanto emprender nada contra Carausio; pero luego que hubo arrojado á los francos de la Galia, consultó con Diocleciano sobre el modo de restablecer su autoridad en Inglaterra.

Diocleciano entre tanto habia restablecido el orden en el Este del imperio, exceptuando el Egipto, y en el año 287 habia auxiliado al arsácida Tiridates. Este, como dijimos en su lugar, se habia refugiado entre los romanos y se habia hecho hombre bizarro é instruido, y Diocleciano le ayudó á recuperar la Armenia, expulsando de ella á los persas, con gran alegría de su pueblo. Tambien habia asegurado Diocleciano en el mismo año la frontera del Danubio del lado de la Retia; y despues de pasar el rio cerca de Guncia (hoy Günzburg), penetró en el territorio de los alamanos, á quienes, probablemente en combinacion con Maximiano, escarmentó duramente y obligó á hacer la paz. En seguida se reunió en el mismo año ó en el inmediato con su colega, al cual dió entonces el sobrenombre de Hercúleo, mientras él adoptó, conforme á su ardiente y supersticiosa fe en Júpiter, el de Jovio. Todo el valor y pericia de Hercúleo no fueron bastantes sin embargo para vencer á Carausio. Construyó en el verano de 288 una nueva escuadra bien pertrechada en el Norte de la Galia, y al año siguiente hizo una expedicion contra Carausio, cuyos buques eran dueños del mar hasta las costas de España; pero la escuadra romana fué rechazada, y los dos emperadores juzgaron prudente hacer las paces con Carausio, nombrándole tercer co-emperador, concediéndole el gobierno de Inglaterra y además el puerto de Boulogne.

Desde febrero del año siguiente, 291, estuvo ocupado Maximiano, evidentemente por insinuacion y consejo de Diocleciano, en la repoblacion de las comarcas despobladas de la Galia, estableciendo en ellas prisioneros de guerra francos, tomándolos por lo pronto de los procedentes de los territorios de los nervios y tréviros. Los nuevos colonos recibieron mejores condiciones que las usadas con otros prisioneros, establecidos como colonos, los cuales eran siervos rurales de propietarios particulares ó de las propiedades imperiales, estaban agobiados bajo el peso de duras contribuciones,

sujetos á todas las arbitrariedades de sus amos, que disponian de multitud de medios coercitivos, y obligados además al servicio de las armas. De todo esto estaban exentos los nuevos colonos, llamados letos, cuyo número era ya grande en todas las provincias pero especialmente en la Galia, donde le aumentó considerablemente Maximiano con muchos prisioneros germánicos. Estos colonos letos eran súbditos inmediatos del emperador, que les daba tierras en propiedad, pero no las podian vender ni abandonar sin su permiso. No pagaban arriendo ni capitacion y debian servir activamente no en las legiones, ni en los cuerpos auxiliares, sino en las milicias locales, para defender la frontera contra los invasores.

Diocleciano volvió á las regiones orientales del imperio, donde le sobraba trabajo, y allí maduró el pensamiento de dividir la tarea del gobierno todavía mas, no por la separacion de los diferentes ramos de la administracion sino por la subdivision de los territorios, asegurando al mismo tiempo la sucesion del trono imperial. A este fin nombró césares á dos de sus generales mas capaces, para que compartiesen el gobierno el uno con él y el otro con Maximiano; por manera que el imperio quedó dividido en cuatro grandes gobiernos bajo la direccion suprema de Diocleciano, sistema que examinaremos luego mas detenidamente. Por lo pronto diremos que los dos césares nombrados eran ambos ilirios, pero de carácter muy diferente. El César de la parte oriental del imperio era Galerio Valerio Maximiano Jovio, cuya madre habia nacido en la Dacia cuando este país era todavía provincia romana. Valerio, de condicion baja, natural de un pueblo situado cerca de Sérdica, era pastor cuando entró en el ejército, como Maximiano, al cual se parecia tambien como soldado y jefe, solo que era mas inteligente y mas apto para gobernar. Por lo demás, áspero en su trato, violento, irritable, brutal y hasta cruel, despreciaba la instruccion y era partidario fanático de las supersticiones paganas.

El César del Occidente, Flavio Constancio, era, segun los autores, persona distinguidísima, hijo de un ciudadano principal de la Dardania llamado Eutropio, y de Claudia, hija de Crispo y sobrina del emperador Claudio, el vencedor de los godos en la terrible batalla de Naiso. Constancio adoptó en su nueva calidad de César los nombres de Valerio Hercúleo por atencion al co-emperador Maximiano, para el cual fué un verdadero complemento. A estos nombres añadieron posteriormente los historiadores el de Cloro, segun dicen á causa de su tez pálida, pero mas probablemente porque el blanco era su color favorito. Habíase distinguido siempre, tanto por su gran inteligencia como por sus eminentes cualidades militares, que le habian valido la consideracion y la proteccion de los severísimos emperadores Aureliano, Probo y Caro. Tambien habia sabido ganarse el afecto y la admiracion de sus compañeros y de los soldados, los cuales, aunque en su mayor parte eran gente ruda, no dejaban de respetar su vasta instruccion científica y de agradecer su trato sencillo y afable. Enérgico y vigoroso, como en aquel tiempo habia de ser forzosamente toda persona que ejerciese un mando, tenia fama de amable y se le consideraba enemigo de toda dureza supérflua, de todo acto de arbitrariedad brutal y de opresion del pueblo; y en efecto, las provincias cuyo gobierno le fué confiado pudieron con razon considerarse dichosas.

En la eleccion de estos dos hombres guiaron á Diocleciano, como en todos sus actos políticos, su profunda sagacidad, su conocimiento práctico de los hombres, y su fe supersticiosa en augurios y oráculos. Por disposicion suya, revistióse Galerio de la púrpura con toda la solemnidad en Nicomedia, el 1.º de marzo de 293, ante el ejército y el pueblo reunidos, y en el mismo dia y con idéntico ceremo-

nial se coronó Constancio en Milán, en presencia de Maximiano. Para unir mas estrechamente á cada César con el co-emperador á quien habia de auxiliar, dispuso Diocleciano que ambos repudiaran á sus esposas, y se casaran Galerio con la hija de Diocleciano, llamada Valeria, y Constancio con Teodora, hijastra de Maximiano, y que cada uno fuese prohibido al propio tiempo por su respectivo suegro.

Esta combinacion formaba parte del vasto plan que era el alma de toda la política de Diocleciano, á saber: el robustecimiento y consolidacion permanente de una monarquía absoluta y la destruccion completa de la diarquía, ó sea del sistema de dos poderes fundado tres siglos antes por Augusto. El Senado, á pesar de sus grandes pretensiones y de sus gloriosos recuerdos, se habia mostrado notoriamente inepto para corresponder dignamente á las exigencias políticas de la situacion. Por otra parte, el régimen militar introducido por Septimio Severo amenazaba á cada instante dividir el imperio en varios otros, independientes uno de otro, y fuera de algunos períodos brillantes, no habia dado á ningun gobierno garantías de duracion, siendo en cambio manantial de continuas guerras interiores. Para acabar con semejante estado precario, el único remedio eficaz, á juicio de Diocleciano, era la monarquía absoluta, y para fundar esta sobre una base sólida juzgó necesario extirpar de raíz la epidemia de los pronunciamientos por medio de un sistema fijo de sucesion al trono. Así, pues, no teniendo hijo varon, y viniendo ante todo dividir el trabajo y asegurar la existencia del imperio restaurado y reformado, ideó un sistema artificial de gobierno y de sucesion sobre la base de la division del trabajo de gobierno entre el emperador supremo y tres jefes distinguidos del ejército. Con esto quedaba satisfecha la ambicion de tres individuos principales, se ponía un gran freno á la tendencia á suscitar facciones locales, y de consiguiente se evitaba el asesinato del emperador, pues que sabrian todos que seria vengado al instante por sus legítimos sucesores. Así, la muerte imprevista y súbita de cualquiera de los cuatro gobernantes no podia ya precipitar á todo el imperio en un caos de desorden. Otra particularidad del sistema de Diocleciano era que los dos co-emperadores debian, si no morian antes, abdicar á los veinte años de reinado á favor de sus césares, y estos nombrar en seguida otros césares en las vacantes que dejaban. Prescindiendo de ciertas dificultades inherentes á este sistema, cuya resolucio- no aparece muy clara, resultaba que Diocleciano queria dividir el gobierno entre cuatro regentes que se completaran por co-optacion, y de los cuales los mas jóvenes aprendiesen la práctica del gobierno bajo la direccion de los mas viejos, para reemplazarlos á su tiempo dignamente.

Mas adelante veremos las dificultades que este sistema encontró en la práctica, y las circunstancias que facilitaron la adopcion del principio hereditario. Por lo pronto se hizo lo que Diocleciano habia dispuesto, se dividió el gobierno; Constancio fué encargado del de la Galia, al cual habia de agregar á su tiempo el de Inglaterra; se adjudicó á Maximiano el de Italia, con la Retia y la Vindelicia, Africa y España; á Galerio se le dió el de la Grecia con Creta, la Macedonia, la península balcánica, excepto la Tracia y las provincias iliricas inclusa la Nórica; y Diocleciano se quedó con el de las provincias orientales y la mayor parte de las islas griegas. Los césares ejercian en sus provincias el poder supremo militar y jurídico, y en la administracion de la hacienda y en la aplicacion de las leyes generales del imperio tenian amplias facultades; pero cada co-emperador tenia el derecho de entrar con su fuerza armada en las provincias de su César y tomar allí el mando supremo del ejército, pudiendo además llamar á su presencia al César para encargarle misio-

nes especiales. El poder legislativo era ejercido solamente por el co-emperador en los territorios sometidos á su mando y en los de su César; solo que en tiempo de Diocleciano este fué el único legislador, y el gran respeto de que gozó y su habilidad hicieron que no hubiese ningun conflicto con los demás gobernantes. Es tambien probable que en cada mitad del imperio hubiera solo una cancillería imperial, la del co-emperador.

Nombrados é instalados los césares, resolvió Diocleciano reconquistar la Bretaña, empresa que tocó al César Constancio. Los motivos para romper con Carausio no faltaban, pero no habia escuadra suficiente; y mientras esta se preparaba, Constancio se contentó con la conquista de Boulogne, en el año 293, y con quitar á los francos del Bajo Rhin, y á los bátavos del delta de este rio, todos amigos de Carausio, los medios de auxiliarle. En efecto, allí consiguió Constancio una brillantísima victoria, á pesar de las dificultades topográficas, la cual dió al César grandes masas de prisioneros francos, en especial frisonos y chamavos, á los cuales repartió en calidad de colonos por el interior de la Galia, en las comarcas de Amiens, Beauvais, Troyes y Langres. Las águilas romanas conservaron pues otra vez y por bastante tiempo la frontera del Bajo Rhin y del Mosela, en la cual se construyeron nuevamente muchos castillos. Entre tanto fué muerto Carausio á traicion por Aleto, el prefecto de su guardia, el cual se proclamó emperador en su lugar; pero como ni de lejos podia compararse con él, no tardó en perder con la vida su usurpada dignidad. Constancio, una vez terminados sus grandes armamentos, hechos con notable prevision y talento, y despues de la llegada de Maximiano, marchó en la primavera del año 296 contra los alamanos del Alto Rhin; y entre tanto una parte de la escuadra de la Galia, á las órdenes de Asclepiodoto, pasó protegida por la niebla desde la embocadura del Sena á la costa de Inglaterra. Asclepiodoto desembarcó sus tropas sin dificultad y marchó con ellas en la primavera de 296 directamente sobre Lóndres. Aleto, que habia estado observando cerca de Dover la escuadra del César estacionada en Boulogne, al saber el desembarque, marchó al encuentro de Asclepiodoto, al cual ofreció batalla con demasiada precipitacion y fué derrotado con sus francos y muerto. Los fugitivos entraron en Lóndres y la saquearon, pero fueron sorprendidos por una tercera escuadra de Galia que habia entrado en el Támesis y cuya tropa desembarcando acuchilló á los saqueadores. Cuando Constancio llegó con sus buques desde Boulogne á Kent, encontró el país libre de enemigos, y pronto ganó sus simpatías con su moderacion y prudencia, así como con el talento y energía que desplegó para asegurar el orden y el fomento de la prosperidad material, que Carausio habia sabido elevar á una altura notable. Para la defensa de las costas contra los corsarios germánicos nombró un almirante especial y permanente.

Quedaba todavía el problema principal de devolver al Nordeste de la Galia su prosperidad perdida, y robustecer mas la defensa de la frontera del Rhin. Lo primero era obra que exigía tiempo, y solo podia realizarse dentro de estrechos límites, porque no era cosa fácil reanimar una region arruinada y asolada durante largos años y restablecer los cultivos, los canales, los riegos, las obras de desecacion, los puentes y otras obras de utilidad general, en un corto espacio de tiempo. Lo primero que se consiguió fué la restauracion y reanimacion de algunos grandes centros, como Autun, que no se habia repuesto todavía del terrible castigo que habia sufrido en el año 269 por haberse pronunciado á favor del emperador Claudio el año antes. La restauracion de Autun se debió á uno de sus hijos llamado Eumenio, nieto de un ateniense y profesor de retórica en la misma ciudad de Autun, que á